

# bisama

**El querer huir de Chile** es un cliché. Pienso eso mientras leo que Fernando Paulsen se va de aquí porque dice no comprender las extrañas señales de vida del presente nacional. Bien por él, aunque no es tan raro. Chile asfixia a los chilenos cada cierto tiempo. Los estrangula. Los hace afeitarse con vinagre, como dijo alguna vez Pere Gimferrer de Enrique Lihn, otro experto en esa clase de huidas que llevan irremediablemente de vuelta a casa.

Es una tendencia: estamos rodeados de gente que huye del país porque se les hace chico, porque no se les comprende, porque sencillamente no se puede leer en Chile, escribir en Chile, vivir en Chile. Porque éste, como me dijo un escritor famoso de los noventa, que salió corriendo de acá el año pasado –y del que nadie se dio cuenta que volvió después–, éste es un país de ratas.

Puede ser. Pero en un naufragio, son las ratas las primeras en abandonar el barco. Puede que el peso de la noche, aquella indeterminada fuerza que venimos intermitentemente sorteando desde el XIX, nos pegue a todos como una resaca de vino barato y, expertos en mirarnos los ombligos, no nos quede otra que decirnos –como un mantra– que no soportamos más, que nos queremos virar de acá.

Pero estamos a años luz de hacerlo. Entre el dicho y el hecho media una distancia de kilómetros, libros y plegarias mal atendidas. De hecho, se obtienen más dividendos en decir que uno se va que en irse de verdad, porque se profita, de paso, de esa auto-complacencia de sentirse genio en un país de iletrados, héroe en una patria de traidores.

Es un espejismo. Donoso tiene por ahí una nouvelle donde alguien va a París y se pierde contemplando las vitrinas de los cafés de escritores a los que le da pavor entrar. En ese lado de afuera, al personaje no le queda más que hablar en chileno, aquella peculiar lengua muerta, mientras se da cuenta de que no está a la altura del destino fabuloso que sentía que le correspondía.

Un futuro rutilante que, visto desde el resentimiento de los que añoran salir, siempre va a estar ocupado por quienes no lo merecen: estafadores, chantas de medio pelo, vedettes de quinta categoría; sujetos deleznable como el Marqués de Cuevas, Isabel Allende, Bolaño o Jodorowsky. Gente que no es chilena, que dejó de serlo, que se olvidó de nosotros apenas cruzó la frontera. Pero irse del todo, como ellos, es una medida radical e innecesaria. Hay que tener para eso valentía, desesperación o estupidez. Implica quemar pasaportes, libretas de direcciones y tarjetas de felicitación de amigos y enemigos. Significa pensar a la lengua literaria en su desnudez, despojada de los efectos especiales de la nacionalidad, de aquellas franquicias de cualquier gremialismo ilustrado local.

No. Mejor huir por una temporada corta para que el resto note con nuestra ausencia de lo que se pierde. Pero los que se van y vuelven al rato nunca quisieron realmente irse. Desean más bien que alguien se acuerde de ellos; mientras reciben un poco de cariño, al fin y al cabo. Así, el extranjero como tal les importa bien poco porque están pensando en cómo andar por acá la canalla literaria, qué será de éste y de este otro y se acordarán de mí y cómo los amo y los odio a todos y todo eso. De este modo, como al Lihn de *A partir de Manhattan*: las imágenes del afuera terminan siendo para ellos, a lo más, fotogramas rotos que los devuelven tristemente a casa, atándolos a un habla –ese extraño acento que es la literatura chilena– que desesperada e infructuosamente quieren dejar de pronunciar. ☒

**Me había olvidado** del viejo Jodorowsky, pero me acordé de él de golpe, a propósito de una imagen conmovedora: Alejandro Jodorowsky tapa su cara con las manos en el minuto exacto en que recuerda a Enrique Lihn. Su legendaria locuacidad se esfuma. Es el momento más conmovedor de *Una belleza nueva*, el programa de Cristián Warnken. Antes el cineasta/actor/guionista de cómics/novelistas/psicomago ha hablado por los codos, despreciado las citas decimonónicas de Warnken, descrito el sentido del arte contemporáneo, narrado su pelea con el manager de los Rolling Stones e incluso, de pasadita, ha lanzado el tarot.

Pero se quiebra cuando habla de Lihn. Se va al diablo cuando recuerda y rememora aquel Santiago del 1950, ese lugar del que escapó para inventarse cien veces de nuevo a sí mismo en los cuarenta años siguientes. Se va a negro cuando rememora la fiesta apocalíptica de aquel lugar que iban a narrar después Donoso y Edwards: familias reventadas por una nueva moral que no comprenden, en medio de caserones en ruinas, con el peso de la noche como único existencialismo posible en ese "eriazio remoto y presuntuoso", como alguna vez lo describió el mismo Lihn.

Jodorowsky urdió un peculiar arte de la fuga y se convirtió en un espectro lejano, etéreo, imposible. Se volvió, casi medio siglo después, la metáfora perfecta de la distancia que separa Chile del resto del mundo. No volvió en décadas y mientras acá nos devanábamos los sesos con nuestra obsesión por el realismo, él inventaba unas dos o tres vanguardias; filmaba películas de vaqueros místicos; se iba a Francia a tratar de adaptar "Dune" con Dalí y Orson Welles; escribía cómics para Moebius, Boucq o Jiménez; casaba a Marilyn Manson y pirateaba sus propias películas.

Porque Jodorowsky corrió derecho hacia el futuro, hacia los subgéneros y las artes menores, hacia la pseudociencia y el delirio, y de paso nos señaló que vivíamos medio siglo tarde respecto al resto del mundo. Escucharlo, al principio, fue interesante y

doloroso. Necesario. Porque a veces –cuando hablaba, dirigía o escribía– actuaba como criminal, un santón profano, o un poseso. De este modo, Jodorowsky huía de Chile, para inventarse una patria posible en el arte, en una carrera contra el tiempo y contra sí mismo. Parecía un embaucador o un maestro místico, un Señor Corales venido del infierno, pero nadie tomó en cuenta de que a ratos su obra entrañaba un modelo, sugiriendo en el fondo una guerrilla en varios frentes para ver qué salía, da lo mismo qué, porque era ese working progress –el kárate de su creación constante– lo que importaba.

Ubicado en las antípodas de toda nuestra seriedad literaria, Jodorowsky fundó su propia lengua bifida y con eso aprendió a nombrar las cosas de nuevo. Puede que su obra completa sea profundamente irregular o que sus cintas hayan envejecido, pero poseen casi siempre una frescura impagable. En el extraño melodrama de nuestras letras, él aparece cada cierto tiempo y lanza lecciones dispersas sobre todo, como un vidente ciego que profetiza un futuro imposible. Nosotros le creemos o no, pero ahí está. Viene regularmente desde hace quince años. Hay una generación que ha crecido escuchándolo o leyéndolo. Puede que ya no sea un fantasma. Es el hijo pródigo de Parra, el gemelo feliz de aquel Lihn que se quedó en casa, haciendo hablar a los fantasmas de su cuarto oscuro. Jodorowsky salió al patio y tomó aire y cada tanto vuelve con noticias de su propio planeta: libros, tratados de magia, infinidad de historietas. Entremedio de eso, en un momento, dejó de correr. Pero sigue actuando –tal es su maña– como si lo hiciera. ☒

# huir fuga